

—¿Cómo así?

—Pues señor, que el Ejército se sublevó y los cogió y los ahorcó. Sí, señor: así me lo dijeron: los ahorcó en un árbol del Zócalo.

—Hombre....

—Sí, señor; como lo oye. ¡Viva México! ¡Viva Porfirio Díaz! Ah, y dicen que en el Zócalo y en toda la ciudad hubo una mortandad espantosa.

Puse coto a las expansiones de Remigio, y me encaminé hacia la calle. Ni un auto, ni un coche, ni siquiera un cargador. A pié y andando tomé el camino del Hotel Berry, por toda la Avenida.

La visión luminosa, serena y dulce de Amparo me distrajo en breve de la penosa impresión que me hubiera producido la tremenda noticia de mi criado. Y así, lleno de esperanza, de amor y de ternura, llegué al grande y suntuoso Hotel, sito en la Avenida Juárez, no lejos de la Alameda.



SEGUNDA PARTE

LAS MATANZAS

Hubiera querido, apenas llegué a la Ciudad, enviar una tarjeta a mi prometida para saludarla, darle cuenta de mi arribo sin contratiempos y decirle algunas ternezas,—si es que todo ello no era asunto de una larga epístola; empero, cuando quise enviar el mensaje amoroso ya no estaba mi criado en el Hotel. ¿A dónde había ido? En vano le busqué en los lugares inmediatos: en vano me desesperaba esperándole, cuando caí en la cuenta de que quizás se hubiese marchado, sin pedirme previa licencia, a ver a su madre, la Señora Antonia, pobre mujer que le amaba con el más grande afecto y a quien él no veía desde dos años atrás. Y me pareció tan razonable aquella impaciencia filial, antes digna de loas que de recriminaciones, que opté tranquilamente por buscar un mensajero público para llevar a Amparo la tarjeta.

En otras circunstancias, el largo tránsito de la noche, término obligado de mi empeño amoroso, me hubiera puesto en la más terrible de las desazones; mas el continuo oír relatos de los sucesos de la mañana, el incesante escuchar comentarios, discusiones, profecías y glosas de la situación política y del grave problema que acababa de plantearse, me distrajeron de tal suerte, que acabé yo mismo por dejarme llevar por la corriente general de la excitación pública.

Y así, oyendo aquí, viendo más allá, discutiendo en un corrillo, preguntando por teléfono a varios amigos, y aun leyendo uno que otro boletín, logré reconstruir con alguna fidelidad y con no pocos detalles los sucesos de la mañana, que paso a relatar en seguida en sus rasgos más culminantes.

Preparativos de la sublevación.

Lo que había ocurrido era, en términos llanos y sintéticos, que una parte del Ejército,—los elementos de Artillería, especialmente, cansado ya de inútiles derramamientos de sangre, de innumerables fatigas y esfuerzos bizarros a favor de un Gobierno incapaz de cimentar el orden,—se había rebelado con franqueza, guiado por los Generales Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón.

De este movimiento, que se preparaba en las sombras, y del objeto que con él se perseguía, había tenido ya algunas noticias el Gobierno; sin embargo, fueron ellas tan inciertas, tan vagas y aun tan contradictorias; y, por otra parte, las creyó tan sin importancia el optimismo del Presidente Madero, que no produjeron otro resultado en las altas esferas que una alarma momentánea y algunas disposiciones ineficaces.

Y así, el domingo nueve de Febrero, en las primeras horas de la mañana, estalló el movimiento que había de costar tanta sangre a la metrópoli, que tanta agitación produjo en los Estados y tanta zozobra en el Exterior, y que al fin dió en tierra con el Régimen emanado de la revolución de 1910.

El pensamiento original de los anti-maderistas, según se ha sabido después, no implicaba tan serios trastornos, ni la matanza espantosa ocurrida en el Zócalo el domingo, ni el largo combate de siete días en torno de la Ciudadela, ni otros excesos que después ha tenido que lamentar la nación; empero, circunstancias imprevistas: lo contingente: el azar: la mueca incógnita e inevitable del destino, dieron a los acaecimientos curso diferente y diverso,—de donde surgieron las escenas sangrientas que constituyen esta página de la historia de México.

La prensa ha relatado ya, aunque de una manera deficiente, los primeros pasos dados para echar por tierra la Administración maderista. De esos relatos voy a hacer una síntesis ordenada, a la que agregaré algunos detalles desconocidos hasta hoy.

La casa de los conspiradores.

Muchos días antes del domingo en que empezó la rebelión de los militares, venían celebrándose en Tacubaya, en la casa

del General Mariano Ruiz, varias juntas secretas, en las que se trataba de los detalles del movimiento.

A esas juntas, que fueron tres, asistían dicho General Ruiz, el General Manuel Mondragón, los capitanes Hernández, López Herrejón, Llaguno y Pedro Miranda Robles, todos (menos el primero) del arma de Artillería, y que habían obtenido ya su patente de licencia en el Ejército.

También concurrían a aquel lugar un coronel de caballería y varios oficiales de infantería.

Las deliberaciones se efectuaban en una pieza interior de la casa, perfectamente cerrada. En el exterior vigilaba un gran número de espías para evitar una sorpresa por parte de los agentes del Gobierno. Sin embargo, cierta vez un grupo de policías mandados por el Agente confidencial Luis Méndez, llegó a aproximarse a la casa de la conspiración; mas no fué posible a los sabuesos saber otra cosa que la existencia del complot, sin averiguar quiénes estaban comprometidos en él, ni mucho menos cuándo debía estallar el movimiento.

Para sufragar los gastos que pudiese originar el golpe que se tramaba, el General Mondragón facilitó algunos miles de pesos. El General Ruiz hipotecó su propia casa en veinte mil pesos, suma que puso en su mayor parte al servicio de la causa.

En la última junta celebrada en Tacubaya, el General Mondragón, a quien debe considerarse como el jefe del cual partió la idea inicial del movimiento, presentó un plan revolucionario que contenía las instrucciones y dispositivos a que debían sujetarse todos los elementos militares que secundaran el golpe.

En dicho plan se proclamaba jefes del movimiento a los señores General de División Don Bernardo Reyes; de Brigada, Don Manuel Mondragón, y Brigadier Don Félix Díaz. Lo más importante de este documento es que quedaba terminantemente prohibido a los Jefes proclamarse Presidentes de la República, pues el objeto que perseguían no era adueñarse del poder Ejecutivo, sino derrocar al Gobierno inhábil y desprestigiado del Presidente Madero, y colocar en la Presidencia interina, a un personaje político de generales simpatías, el cual debería gobernar entre tanto se restableciese la paz. Vuelta la República a la normalidad, se convocaría a elecciones, a fin de que el pueblo designase libremente sus mandatarios constitucionales.

Este plan, descrito a grandes rasgos, fué llevado al señor Brigadier Don Félix Díaz,—preso a la sazón en la Penitenciaría del Distrito Federal como consecuencia de su levantamiento en Veracruz,—con el fin de que lo firmara. Una comisión se encargó de hacer que aquel distinguido militar suscribiera el documento, el cual fué devuelto luego al General Mondragón.

Faltaba la firma del Divisionario Reyes, la cual pudo conseguirse por medio de otra comisión que se acercó al infortunado General, preso en Santiago Tlaltelolco.

Una equivocación funesta.

Una lamentable equivocación de ciertas personas que debían tomar parte activa en el desenvolvimiento del plan, y el aviso telefónico dado al Gobierno desde Tacubaya por un maderista a quien había hecho detener el General Mondragón, antes de que salieran las fuerzas sublevadas,—hicieron fracasar parcialmente el plan que se había trazado con tan nimios detalles.

Puestos de acuerdo los Jefes de los principales cuerpos de la guarnición; comprometidos todos los regimientos de Artillería; y en la creencia de que en Palacio estaría de guardia fuerza amiga, también comprometida, se resolvió que estallara el complot en la mañana del domingo 9 de Febrero. Era tan seguro el triunfo, que, al decir de "El País," los conjurados tenían en Tacubaya vinos y pastas para celebrarlo.

El Coronel Morelos, que posteriormente murió en Palacio defendiendo al Gobierno, también estaba comprometido en la conspiración; mas a última hora vaciló y se opuso a las fuerzas levantadas.

Y esto determinó la efusión de sangre, que con tanta abundancia ha corrido en las calles de la metrópoli.

Con la resistencia de Palacio, en donde había guardias federales del 20 batallón y no del 5º Regimiento,—que era lo que esperaban los revolucionarios,—se rompió de hecho el pacto formado para no derramar sangre, y los soldados de la guarnición quedaron divididos en dos bandos: uno que sostenía al Gobierno del Presidente Madero, y otro que trataba de derrocarlo.

Son libertados los Generales Reyes y Díaz.

A las dos de la mañana del día 9, el General Manuel Mondragón acompañado de dos oficiales ayudantes, salía de su residencia de Tacubaya y se dirigía a los cuarteles de San Diego, en donde se alojaban el 2º Regimiento de Artillería y el 1er. Regimiento de Caballería. Allí conferenció con un enviado de los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes; pues todo el núcleo de jóvenes de aquel establecimiento educativo que ha de dar los futuros jefes del Ejército, simpatizaba con el plan revolucionario y estaba dispuesto a secundarlo con toda firmeza.

Mondragón acordó emprender la marcha hacia la Ciudad; pero antes indicó a los Cadetes que tomaran por asalto un tren eléctrico para hacer el viaje. Una vez aquí, deberían dividirse en dos fracciones, la primera de las cuales estaba destinada a esperar órdenes en la calle de Santa Teresa, y la otra en el Jardín de Santiago.

El General últimamente citado organizó una columna mixta, al frente de la cual colocó 50 Aspirantes; en el centro puso dos baterías de Artillería "Schneider-Canet" y "Saint-Chaumont-Mondragón," de 75 y de 80 milímetros, respectivamente, con sus carros reversibles pléticos de granadas.

En seguida se dirigió a la prisión de Santiago Tlaltelolco, cuya guardia no hizo fuego sobre él, y conferenció con el Jefe, Coronel Sardaneta. Este hizo entrega del General Reyes, que, como antes se dijo, estaba preso en aquel lugar, así como de otros jefes y oficiales procesados.

Acto continuo, y obrando con la mayor violencia, el General Mondragón se dirigió a la Penitenciaría, en donde mandó emplazar una ametralladora. El Director de aquel establecimiento se negaba a entregar a los prisioneros, Brigadier Félix Díaz y cabecillas ex-revolucionarios Cándido Navarro, Juan Banderas y Pablo Lavín; pero la familia de dicho Director, al cerciorarse de que tenía enfrente el arma terrible, lo obligó a acceder a lo que se le pedía.

El Brigadier y demás individuos citados, abandonaron la Penitenciaría y marcharon, con sus libertadores, rumbo a la calle de Santa Teresa, en donde se les reunieron algunos Aspirantes.

Muere el General Reyes.

Se había acordado—dice un repórter de "El País—que el General Reyes, con algunas fuerzas, avanzara sobre el Palacio Nacional, con el objeto de ocuparlo, pues se contaba con el 20 batallón, que hacía la guardia. El divisionario, con el ímpetu y el valor de que siempre había dado pruebas, marchó hacia el gran edificio....

Pero él ignoraba que el General Lauro Villar, Comandante Militar de la plaza, que aquella mañana vestía traje de paisano, había descubierto poco antes a un grupo de cadetes que llevaban en una carretela una ametralladora, lo cual le hizo comprender que ya había estallado el cuartelazo. Violentamente se dirigió al cuartel en donde estaba el 20 Batallón, y dispuso que se organizara en cadena de tiradores, y así se lo llevó a Palacio. Allí lo mandó colocar en línea desplegada, pecho en tierra. Además, emplazó una ametralladora en la puerta central y dos en las laterales.

De improviso aparecen por la esquina de las calles de Seminario y antigua de la Moneda, el Divisionario Reyes y su pequeña escolta, en medio de estruendosos vivas al Ejército. El General avanzó con los suyos hasta llegar frente a la Puerta Central; mas en los momentos en que se acercaba para penetrar, el General Villar mandó hacer fuego.... Se escuchó una uniforme y terrible descarga de fusilería cuyas balas hirieron mortalmente a tres de los Aspirantes. Poco después, el General Reyes caía herido.... Dícese que, en ese momento, un hombre que vestía traje de paisano se acercó al ex-Gobernador de Nuevo León y le hizo varios disparos con una pistola, con los cuales le dió la muerte.

Así concluyó sus días aquel grande hombre. La posteridad le hará justicia a su patriotismo sin mancha, a su valor, a su pericia como militar.... Ella revalorará la obra que él llevó a cabo en el Estado de Nuevo León; ella dirá que si tuvo errores como político, no los tuvo como mexicano amante de la grandeza de su País. Y ella dirá, por último, que aquel hombre que fracasó en una revolución en que no tenía soldados, halló más tarde la justificación de su conducta al ver que la misma revolución se levantaba por todas partes; y que el que no alcanzó a ocupar la silla Presidencial que honraron el gran Juárez y el insigne Porfirio Díaz, hubiera llevado a ella, cuando menos, su patriotismo, su



FRANCISCO I. MADERO.

Presidente de México del 6 de Noviembre de 1911 al 19 de Febrero de 1913.

honradez administrativa, su experiencia de muchos años y su firme voluntad de hacer obra duradera y gloriosa.

En los días que siguieron a la muerte del General Reyes, de todos los labios salía una palabra que sintetizaba el sentimiento de condolencia general por la pérdida de aquel grande hombre.

Anticipándome un tanto en el orden de esta narración, debo decir que el cadáver del Divisionario, que vestía uniforme militar y que presentaba una ancha herida en la frente, fué depositado en una mesa en el interior de Palacio. De allí le recogieron después sus deudos. Los despojos del valiente mexicano fueron en-

balsamados un poco tarde y velados en la casa de la familia; empero, hubo necesidad de darles sepultura el jueves de la semana que siguió al domingo de la conspiración. De esta suerte, el que había sido digno de mejor suerte y más altos destinos, no recibió ni siquiera el homenaje que tanto merecía, y que de seguro le hubiera tributado el Ejército, ya victorioso, al conducirlo a la última morada.

¡Paz a sus restos!

El fuego continuó sobre la multitud de curiosos que seguían poco antes al General Reyes, y, como es natural, sobre innumerables personas que estaban a esas horas en el zócalo; lo mismo que sobre un grupo de cadetes que se habían posesionado de las torres de Catedral....

Tales disparos causaron una tremenda mortandad en las gentes inermes: niños, mujeres, ancianos, vendedores de periódico,—quedaron ahí, en informe montón, revolcándose en su propia sangre. Recogidos después por las Asociaciones de la Cruz Roja, la Cruz Blanca y la Cruz Blanca Neutral, pudo apreciarse el nú-

mero verdaderamente espantoso de las víctimas: había trescientos muertos y cuatrocientos heridos!

Fusilamiento del General Ruiz

El General Gregorio Ruiz, que, como queda dicho, marchaba con el General Reyes a la cabeza de los Aspirantes, ocupó con éstos, después de la muerte del Divisionario, las alturas del gran templo que es gala y ornato de la metrópoli. Aquel grupo hizo algunos disparos sobre Palacio; pero poco después se simuló la rendición de la residencia presidencial; por lo cual el mismo Ruiz y los Cadetes penetraron a Palacio, donde se les había dispuesto una verdadera trampa para hacerlos prisioneros (así lo asegura el "País", periódico ya citado en este relato). No bien entraron al patio principal, cuando de todos los ángulos del edificio salieron tropas que los encerraron y los redujeron en pocos minutos.

Ruiz se entregó a sus aprehensores, no sin haber lanzado una tremenda imprecación contra los que le habían hecho caer en aquel ardid.

¿Quién mandó poco después, que el General Ruiz fuera fusilado?

Se ha dicho, quizá sin fundamento, que tal orden partió de labios de Don Gustavo Madero, personaje de alta valía en el Gobierno, pero que no tenía investidura oficial ninguna, y menos aún autorización para ordenar ejecuciones... Otra versión dice que comunicada al Presidente la noticia de la aprehensión, éste dispuso que Ruiz y los Cadetes fueran ejecutados sin formación de causa, no obstante que el General era Diputado al Congreso de la Unión y, como tal, gozaba de fuero constitucionalmente. No faltó quién advirtiera al Sr. Madero que con este acto se violaba la armonía que debe existir entre los poderes constituidos de la República, pues al atentarse contra uno de los miembros del Legislativo, se rompía el pacto de legalidad con que se había envuelto el Gobierno emanado de la revolución de 1910...

Ruiz se portó como un valiente hasta los últimos instantes. Pidió permiso para hacer testamento; concedido que le fué, dictó a un individuo de tropa de los que debían ejecutarlo, las siguientes palabras:

"Tengo a mis hijas, que no volveré a ver. Recomiéndoles

que guarden la memoria de su padre, que muere recordándolas. Que sean honradas y buenas, y que traten con toda consideración a los huérfanos que tengo recogidos. Hay un viejo testamento hecho por mí, en el cual están esos huérfanos considerados en cuatro mil pesos; los cuales deseo que sean empleados en su educación. Yo muero con la convicción de que he cumplido un deber de amigo ayudando al General Reyes para que saliera de la prisión donde se encontraba. El destino había dispuesto terminara mi vida de soldado en esta forma".

En seguida el General, que vestía uniforme de kaki, desabrochándose el chaquetin sacó del chaleco una pluma fuente y se la regaló al oficial que mandaba la escolta. Se despidió de los que lo escuchaban y pidió permiso para mandar el cuadro que iba a truncar su vida, y dió con toda entereza y serenidad las voces de "Tercien armas"; "Apunten"; "Fuego!"



JOSE MARIA PINO SUAREZ.
Vice-Presidente de México, del 6 de
Noviembre de 1911 al 19 de
Febrero de 1913.

Tal es la versión que dió el periódico gobiernista "El Diario". Por su parte "El País" afirma que el General dijo a sus ejecutores: "Tiren, así lo mandan esos cobardes"!

El cadáver del infortunado militar, que cayó acribillado por las balas, fué recogido por un joven que contraerá próximamente matrimonio con una de las hijas del extinto.

Toma de la Ciudadela

Mientras estos trágicos acontecimientos se desarrollaban en el Palacio Nacional, el General Félix Díaz, con algunos soldados del 2º Batallón y 2º de Artillería, permanecía impávido en la esquina de las calles del Espíritu Santo, el Reloj y Santa Teresa. El es-

peraba al General Mondragón, quien se le incorporó pocos momentos después con algunos otros elementos, entre ellos cien soldados que estaban en el cuartel de Peralvillo.

Los dos jefes, con todas sus fuerzas se dirigieron rumbo a la Ciudadela.

Antes de llegar a la calle de Balderas, se dividió la fuerza en varias columnas de ataque, que se aproximaron a la Ciudadela por el Sur, el Oeste y el Norte. Una de esas columnas penetró por el Este, al mando del Brigadier Díaz.

El General Mondragón emplazó en la bocacalle de Balderas un cañón "Schneider", como primera providencia para el ataque de la importante fortaleza militar.

Deseosos los jefes del movimiento de no derramar sangre, enviaron un Teniente de Artillería, con bandera blanca, a conminar al General Rafael Dávila, que con unos pocos hombres, —menos de cincuenta,—defendía la Ciudadela, para que hiciera entrega del edificio.

Dávila—el mismo que firmó la sentencia de muerte del Brigadier Díaz cuando éste fué procesado en Veracruz,—contestó que no entregaba ni ese edificio, ni el cuartel de Guardias Presidenciales, que estaban bajo su mando; que se sostendría hasta morir.

Cuando el Brigadier Díaz recibió tal respuesta, dió orden de atacar inmediatamente la Ciudadela. En el acto el General Mondragón hizo dos certerísimos disparos sobre los Almacenes de Artillería, disparos que fueron suficientes para obligar al General Dávila a rendirse; en tal virtud, poco después se veía en la fortaleza una bandera blanca. En seguida penetraron los señores Díaz y Mondragón, con sus fuerzas y se posesionaron de la Ciudadela, del Cuartel de Guardias Presidenciales, de los Almacenes Generales de Artillería y de varios edificios particulares situados en las calles adyacentes.

Tales eran los lugares donde, dos días más tarde, había de empezar el tremendo combate, el más fuerte que se registra desde el principio de la era revolucionaria abierta en 1910.

¿Qué había sido del Presidente?

Mientras tales acontecimientos se verificaban, el telegrafista que estaba de guardia en la Secretaría de Guerra comunicó al

Presidente, a la sazón en sus habitaciones del Alcázar de Chapultepec, los terribles sucesos, y le indicaba que tenía informes de que los revolucionarios bombardearían el Castillo.

Se sabe, además, que de Tacubaya dieron aviso a Chapultepec sobre los mismos sucesos.

El señor Madero, sin pérdida de tiempo, llamó al Teniente Coronel Víctor Hernández Covarrubias, Director Interino del Colegio Militar, y celebró con él una conferencia sobre la actitud que debería asumirse para defender al Gobierno. En dicha conferencia se acordó organizar una columna bien pertrechada, que sirviera de escolta al Jefe del Ejecutivo, y que deberían formarla dos compañías de infantería del Colegio antes citado, y 150 hombres del primer Batallón de Seguridad.

Toda la opinión pública ha reprochado al Presidente que se valiera de los Cadetes para su defensa, en momentos en que de hecho se les exponía a un inminente peligro. No tiene derecho, —afirmaba meses atrás el "Imparcial" cuando aún no era gobiernista,—con esa atingencia que siempre le caracterizó,—no tiene derecho el Gobierno para disponer de la sangre de esos cadetes, simples estudiantes, hijos de familia, esperanza de la Patria; cuando sean hombres, ellos la darán con toda espontaneidad si el país se las exige; por ahora son simientes de energía, que no es justo ni humano ni leal que se avienten al vórtice de nuestras pasiones encendidas. . . . Tales palabras volvieron a resonar, seguramente en una forma más áspera y condenatoria, cuando se supo que el Presidente Madero había traído los susodichos estudiantales al combate de la ciudad, y más tarde, cuando se tuvo conocimiento de la suerte que había cabido a algunos de ellos.



GUSTAVO MADERO.

Sea como fuere, el Teniente Coronel Covarrubias, con instrucciones del Jefe del Ejecutivo, llamó a los cadetes y a los oficiales ayudantes del Colegio. Estos recibieron órdenes de municiar a los Cadetes con doscientos cartuchos de guerra cada uno; mas no se les dijo a dónde iban ni a qué. Luego—agrega un informante de “El País”—supieron que acompañarían al Presidente a DAR UN PASEO TRIUNFAL....

Cuando el señor Madero y sus acompañantes llegaron frente al Teatro Nacional, en la Avenida Juárez, un grupo como de ochenta soldados, o menos, desembocaba por la Avenida del 5 de Mayo. Esta fuerza hizo fuego sobre los cadetes, gritando al propio tiempo vivas al Brigadier Díaz. Las descargas eran bastante nutridas, por lo cual el Presidente, a quien ya se habían juntado los señores Ernesto y Gustavo Madero, así como el Ministro Bonilla, precipitadamente penetró a la fotografía “Daguerre,” donde permanecieron como media hora.

Es de hacer notar una circunstancia muy significativa: y es que en ese mismo edificio fué donde se refugió, cerca de año y medio antes, el Divisionario Bernardo Reyes, en los momentos en que la turbamulta, o sea LA PORRA en una de sus primeras manifestaciones, lo lapidaba sin clemencia, por el sólo delito de haber aceptado su candidatura a la Presidencia a raíz de una Revolución que venía dizque a reivindicar los derechos políticos conculcados por la Dictadura!

Entre tanto, los Cadetes formaban línea de tiradores frente a la fotografía, y así estuvieron hasta que un ayudante de la Mayoría de la Plaza indicó al Presidente que podía llegar hasta el Palacio, pues no había fuerzas enemigas que se lo impidieran.

El Señor Madero montó en su caballo, y, siguiendo por la Avenida San Francisco, penetró por la Puerta de Honor al Palacio Nacional.

El Presidente hizo aquella marcha con su sonrisa de siempre, con “su blanca sonrisa infantil,” descubriéndose de vez en vez para contestar a los vivas que lanzaba uno que otro partidario suyo.... Sin embargo, debió convencerse de que ya la opinión no le aclamaba, ni mucho menos, con aquel delirio con que algunos meses antes—un año a lo sumo,—le recibiera en todos los lugares donde se presentaba.

Providencias del Gobierno.

En palacio se reunió en seguida el Consejo de Ministros, para acordar qué se hacía con el fin de sofocar el tremendo golpe que amenazaba derribar la Administración.

Después de unas cuantas palabras,—cortas, pues el caso no era para discutir largamente, ni había siquiera oposición entre las ideas del Presidente y sus Secretarios,—se resolvió pedir a la Comisión Permanente del Congreso, que invistiera al Jefe del Ejecutivo de facultades dictatoriales en los ramos de Hacienda y Guerra, para movilizar hacia esta metrópoli las columnas de los Generales Aureliano Blanquet y Felipe Angeles, que se hallaban, respectivamente, en los Estados de México y de Morelos, sosteniendo la campaña contra los zapatistas.

También se acordó nombrar Comandante Militar de la plaza, y General Enjefe de las fuerzas leales, al Divisionario Victoriano Huerta, y llamar al Coronel Rubio Navarrete, que estaba en Querétaro, para que se hiciera cargo del mando de la Artillería del Gobierno. Otras disposiciones se tomaron, todas encaminadas a sofocar la rebelión, pero menos importantes que las que dejo mencionadas.

Las últimas hazañas de La Porra

Lo que he relatado hasta aquí es, detalle más, detalle menos, lo que han relatado los periódicos de información,—incluyendo, como se habrá visto, algunos de filiación gobiernista. Los sucesos que se desarrollaron después ya no pudieron ser puestos en conocimiento del público, debido a la dificultad de tomar informes y a la dificultad, no menor, de imprimir hoja alguna en talleres donde faltaba la fuerza eléctrica.

Voy, pues, a referir lo que pasó en los días subsiguientes, según propias observaciones e informes propios; pero antes, quiero decir algo sobre las manifestaciones “populares” ocurridas el domingo y el lunes,—primeros días de la agitación,—y sobre la suerte que corrieron algunos periódicos independientes durante ese mismo tiempo.

Una multitud compuesta como de diez personas (1) se encaminó a NUEVA ERA, el impudente periódico de Don Gustavo Ma-

dero, defensor acérrimo de aquel señor y del grupo denominado Partido Constitucional Progresista, de que él era jefe nato.

Tales personas,—pertenecientes al pueblo de más humildes trazas, se estacionaron frente a los balcones de la Redacción, y pidieron que alguien saliera a oírles sus ofertas. Salió un señor llamado Salmón Argüelles, y dijo un discurso en el que afirmaba que el pueblo estaba con "su" gobierno, que la legalidad era primero que la paz, y que los "canallas" revolucionarios serían exterminados.

Vendedores de periódicos, "boleros," "mecapaleros," ebrios y otras gentes de la laya, fueron agrupándose en torno de los manifestantes, hasta formar un grupo como de ochenta individuos. De entre ellos surgió, con las enaguas un tanto levantadas, la faz rubicunda y los puños amenazantes, una bravía amazona, que arengó a los circunstantes. En seguida alguien penetró al interior del edificio del periódico, y disponiendo dos trozos de madera atados con un cordel en forma de cruz, puso en lo más eminente de ellos un trapo en que se leía: "Viva Madero." Llevando esta insignia a guisa de poderoso cañón o mortífera ametralladora, el grupo, que luego fué mermándose en el transcurso de tres calles, salió a recorrer la ciudad para levantar el entusiasmo en favor del Régimen maderista.

Otro grupo se había encaminado o se encaminó después, hacia las oficinas de los periódicos independientes. ¡Era LA PORRA, la famosa institución bien conocida en todos los ámbitos de la República,—en sus últimas manifestaciones de poder y democracia!

Aquel grupo atacó los talleres de "El País," el más poderoso diario de la oposición; destruyó algunos objetos, tales como las máquinas de escribir; puso fuego a las puertas y a los papeles, e intentó descomponer una rotativa. Además recogió el dinero de la venta del periódico efectuada ese día.

Igualmente fueron atacadas las oficinas de expendio de "La Tribuna", diario de la tarde. Este periódico,—justo es reconocerlo,—había hecho una labor tenaz e inteligente en su empeño de exhibir los errores del Gobierno. Por otra parte, fué él quien, con todo valor, señaló el error—a su juicio,—cometido por un ejército que, por atenerse al concepto de la Legalidad, permitía que la patria se desangrase en una agonía lenta, en un desorden vergonzoso, en manos de hombres ineptos y torpes. Los artícu-

los de aquel diario debieron de producir,—y produjeron, seguramente, tal efecto en las filas de los militares, que dieron por fin al traste con la unidad de disciplina de éstos, y facilitaron el golpe al cual habían de caer el Presidente Madero y todo su régimen.

Pues bien, las oficinas de "La Tribuna" fueron incendiadas, previa una destrucción de todo lo que en ellas podía destruirse a golpes, y en pocos minutos las puertas y los muebles ardían en una gran hoguera.

"El Heraldo Independiente", "El Noticioso Mexicano" y tal vez otro periódico cuyo nombre no recuerdo ahora, fueron así mismo, víctimas de aquel celo en favor del Gobierno Democrático emanado de la gloriosa revolución de 1910.

Como se ve, los partidarios del Sr. Madero hacían todo lo posible por captarse las simpatías del pueblo honrado, y se presentaban bizarramente a combatir a los felicistas, que contaban con un enorme número de cañones y ametralladoras, y con parque para sostener combate por medio año.....

Y estas fueron las últimas hazañas importantes de LA PORRA.

Una escena de amor

Tal era la situación del lunes 10 de Febrero, día de aparente inactividad por parte de todos los bandos que tan reciamente iban a disputarse el triunfo en una pugna sin precedentes en la Historia de la capital mexicana. Sin embargo, hay que observar que, a despecho de tal inactividad, unos y otros,—maderistas y revolucionarios,—trabajaban a su manera por asegurar las posibilidades del triunfo.

Los primeros aguardaban la llegada de tropas de fuera, y procuraban hacerse de parque, pues las existencias con que antes contaban para atender a la guerra en toda la República habían caído en poder de los felicistas, al tomar éstos la Ciudadela. Además, discutían el plan definitivo de ataque a la fortaleza, y procuraban infundir bríos en los soldados que habían de acudir a la lucha.

En cuanto a los revolucionarios, hay que confesar que si tenían en su poder una magnífica posición y grandes elementos por

lo que hace a armas y pertrechos, carecían de un número respetable de hombres dispuestos a la contienda... Así, pues, sus primeras disposiciones, después de organizar en la Ciudadela una defensa enteramente provisional, se encaminaron a reunir adeptos que quisiesen compartir con ellos las peripecias del inminente combate.

Del pueblo, que en grandes masas se había reunido en los alrededores de la inexpugnable posición, iban saliendo, unos tras otros, hombres jóvenes de todas las clases sociales,—especialmente obreros, mecánicos y de distinguidas familias, y penetraban en el Cuartel del Brigadier Díaz con el objeto de pedir un rifle. A nadie se le negaba; eso sí, a todos se les advertía que, en caso de querer volver a la calle, dejaran antes el arma que se les hubiera dado.

Algunos miembros de la Gendarmería Montada que antes no habían podido llegar a la Ciudadela, y uno que otro gendarme de a pié, acudían también a engrosar las filas revolucionarias.

En tanto, yo me encaminé a casa de mi novia. Era ya casi entrada la noche. Cuando penetré en el zaguán, temblaba como un azogado; mis manos, frías, casi rígidas, parecieronme incapaces de oprimir la que me tendió, amorosamente, la graciosa niña que soñorea toda mi juventud.

Vestía Amparo un traje lila, suelto y vaporoso, que dejaba adivinar la euritmia de su cuerpo; ceñía la cintura con un cinturón verde-retoño, y los cabellos con pequeños listones negros. Sus ojos, sus grandes ojos garzos, estaban llenos de lágrimas, que ella se esforzaba en ocultar. ¡Y pude convencerme de que también sus manos temblaban, y de que su corazón como el mío aceleraba sus ritmos a impulso de la emoción de aquella deliciosa entrevista.

Confieso que me olvidé por completo de las escenas sangrientas del día anterior, de los preparativos del combate, de la angustiada situación de la ciudad. Amparo con su gracia ingénita, con sus reproches llenos de dulzura, con sus palabras mimosas, absorbió todas mis facultades. Una alegría sana, un júbilo matinal, inundaban mi alma y regulaban el torrente de mi sangre...

Poco después, reclusos en un discreto rincón de la sala, mi prometida y yo nos entregábamos a los más risueños proyectos: tratábamos de nuestra vida futura; levántabamos la torre graciosa y fuerte de nuestra cercana felicidad. Ibamos como por sobre

los campos en primavera, por senderos de menudas hierbas cuajadas de aljófara matutino, por entre rosales floridos y fragantes.

De improviso, un toque de clarín, agudo, neto, fuerte, cercano, me despertó de aquel ensueño de dicha. Venía de la Ciudadela, y anunciaba alguna operación, para mí desconocida, del rito militar.



SEÑOR GENERAL DON FELIX DIAZ,
Jefe de la revolución militar triunfante y candidato á la
Presidencia de la República.

Me despedí de Amparo, ofreciéndole—¡como no! volver al día siguiente muy temprano. Ella me dió cita para las once, hora en que regresaría a su casa, pues tenía un compromiso social en casa de unas amigas residentes en la calle de Revillagigedo.

Eran las siete de la noche cuando regresé al Hotel Berry.

¿Dónde está Remigio, señor Licenciado?

De codos en la ventana de mi cuarto, pensaba yo en miles de cosas vagas, imprecisas, alegres unas, otras lúgubres, cuando alguien llegó a la puerta y golpeó. Acudí a abrir, y apareció

ante mí la figura lastimosa de una mujer como de sesenta años, delgaducha, con ese semblante de quien acaba de sufrir una terrible dolencia. Era la señora Antonia, madre de mi criado Remigio.

Después de saludarme con muestras de la más respetuosa efusión, la pobre mujer me expuso su demanda:

—Sabe Ud. de Remigio, señor Licenciado?

Tuve que contestarle negativamente:

—Tampoco he podido saber qué rumbo tomó. Yo le suponía en su casa, gozando de los cuidados de Ud.

—Pues verá Ud., señor. Ayer noche fué a verme; se estuvo un rato conmigo, conversando de política y echando pestes contra el Gobierno. ¡Como es tan . . . tan bilioso el muchacho! Después se acostó. No supe a qué horas saldría; lo cierto es que esta mañana fuí a buscarlo a su cama, y ya no se hallaba. Le aseguro a Ud. que estoy medio muerta de pena. Imagine, señor Licenciado, con estas carnicerías que están ocurriendo, pues lo más fácil que le haya tocado una bala por ahí

Traté de consolar a la desesperada señora, diciéndole que quizás un amigo o alguna novia Que no tuviese cuidado, que ya el muchacho vendría, y pronto. Le hablé de la lealtad, de la honradez y del empeño de él en servirme.

Y la angustiada madre salió un poco más tranquila.

Lo que yo me pensaba sobre la desaparición de Remigio, me había guardado de decírselo: joven, lleno de impulsos, con algunos dineros . . . ¡Vaya, que no era nada: unas cuantas copas, y luego ¿por qué no?—un compañero con quién irse en busca de alegres amigas! Eso sería todo. Pasada la tempestad, quizá un poco fatigado el cuerpo y atormentado el espíritu, el muchacho tornaría a buscarme y a pedirme mil excusas

Tarde ya, —como a eso de las once, —después de pláticas substanciales acerca de la política, de la revolución, de los negocios, me recogí a dormir. La visión de Amparo, como una sombra tutelar, amada y amable, descendió sobre mí frente y entornó mis párpados

Y soñé:

Un sueño manso y plácido; algo como la continuación del viaje por sobre las hierbas cuajadas de aljófara, entre rosales, bajo un alegre sol de Mayo. Sólo que esta vez, la grama crecía en la roca viva; los rosales se prendían a un paredón enorme, co-

mo tajado a punta de cincel . . . Abajo, a mi siniestra, abríase un abismo negro, en cuyas entrañas sonaba un agua atormentada con sordos sonidos que semejaban el rugir de una tempestad en el mar.

Mis ojos hubieran sentido quizás que se nublaban; mi frente que el ala del vértigo la rozaba con sus alas; pero la sombra amada y amable decíame entonces, con voz fortalecedora y cordial:

—“No temas; no caerás en esa vorágine; vas conmigo; yo te libraré de ese vértigo.”

Volví mi corazón a serenarse; volví mis pies desnudos a sentir el júbilo de las hierbas verdes y tiernas, la fragancia de las rosas, la música del ambiente. Y volví a mirar el abismo, a presentir la vorágine allá en lo hondo, entre la cuenca de rocas. Y una vez más, la voz de la sombra amada y amable me fortalecía.

—“No temas; no caerás; marchó contigo; ten confianza.”

Después el camino tornábase lleno ante mí, hasta un término remoto, muy remoto, donde, sobre azules montañas de ópalo, empezaba a sonreír la luz de una mañana templada y voluptuosa.

La Ciudadela

El Martes 10, muy temprano, salté de mi lecho. Estaba poseído de una abrumadora impaciencia; deseaba acercarme a los lugares en que debía librarse el combate, adquirir noticias ciertas sobre la situación de las fuerzas felicistas; en una palabra, darme idea clara del teatro de los próximos sucesos.

En cuanto salí del baño y tomé el alimento matinal, me encaminé a la Ciudadela, por toda la calle de Balderas, que iba rectamente a dar a la célebre fortaleza.

El edificio, que tiene la forma de rectángulo, se encuentra ubicado en el centro de una zona que podría llamarse netamente militar. Es histórico en los anales de las guerras intestinas de México; y si no, recuérdense los hechos que ocurrieron en él cuando la sublevación del General Negrete, en tiempo de Juárez; sublevación que fué sofocada con supremo heroísmo por el General Sóstenes Rocha.

De un solo piso, y de muros de un espesor enorme (metro y medio,) la Ciudadela no tiene adosado ningún otro edificio, y los

que la rodean quedan perfectamente dominados por él, a excepción de la Cárcel General de Belén.

En aquel recinto se encuentran establecidos la Fábrica Nacional de Armas y el Museo Militar, donde se conservan gloriosos trofeos de cien batallas, desde la Independencia hasta nuestros días. Rodean la fortaleza en las calles vecinas, por el frente, los Almacenes Generales del Ejército y el Cuartel de las Guardias Presidenciales; por el Poniente, el Parque de Artillería y la Inspección de Sanidad, amén de algunas casas particulares; y por el Este, el edificio conocido con el nombre de Pontoneros.

En el ángulo Nor—Oeste y en las esquinas formadas por la calle de Enrico Martínez y el Jardín de Carlos Pacheco, se encuentra el hermoso edificio de la Escuela de Comercio. En el ángulo Sud—Oeste se halla la Cárcel de Belén, de una considerable altura.

Las azoteas de la Ciudadela tienen altos pretilos de un metro de elevación y de buen espesor, formados por bloques de piedra dura, pero sin astilleros. Todo el edificio está rodeado de anchas calles. En su lado Norte está la explanada donde se levanta el monumento que el pueblo erigió al más insigne de los guerreros mexicanos, el cura Don José María Morelos y Pavón. —Circunstancia notable es que a pesar del tremendo cañoneo de que fué objeto la Ciudadela, ninguna bala hubiera tocado la estatua del grande hombre.

En la parte poniente se halla el jardín con que la gratitud de los mexicanos ha perpetuado el nombre de otro batallar eminente: el General Santos Degollado, aquel gran organizador de huestes de combate, que mereció el título de "El Héroe de las Derrotas." Este jardín limita con la explanada antes dicha.

En el Sur existe una extensa zona de jardín, con un cancel de hierro de muy grandes dimensiones. Ese cancel separa un ala de edificios particulares y el primer tramo de la Avenida de Chapultepec, en el arranque de la Colonia de la Indianilla.

Inmediatamente después de la toma de la Ciudadela, los felicitistas emplazaron en las azoteas veinticinco ametralladoras y quince fusiles Rexer; además, tres cañones sistema Hotckins, pues se temía que el ataque por parte de las fuerzas del Gobierno no se haría esperar.

Sin embargo, la primera embestida de los defensores del señor Madero no se efectuó sino cuarenta y ocho horas después, y

los rebeldes pudieron emplazar sus cañones en las calles por donde se supuso que serían atacados. Las bocas de fuego hicieron por este motivo grandes estragos entre las fuerzas maderistas, que poco, muy poco, pudieron avanzar hacia la Ciudadela,—como ha de ver el lector más adelante.

En la Calle de Balderas, hacia el Norte, se colocaron dos cañones y dos ametralladoras; hacia el jardín Carlos Pacheco, un cañón y una ametralladora; y hacia la Calle de Minerva, un cañoncito Hotckins y dos ametralladoras.

Por el lado Sur, hacia la Indianilla, los rebeldes emplazaron un cañón y una ametralladora; y en el ángulo por donde debía defenderse la entrada de Belén, un cañón de 70 milímetros.

Enfilados hacia la calle de Enrico Martínez había dos cañones de 80 milímetros, uno de 75 y un fusil Rexer.

Hacia Bucareli, estaba otro cañón de 75.

La Escuela de Comercio fué coronada de ametralladoras. Ocho había en la azotea; y frente al mismo edificio, apuntando hacia el reloj de Bucareli, dos piezas sistema "Mondragón" y un "Saint Chaumont-Mondragón".

En la primera calle del General Prim se emplazaron también un cañón y una ametralladora.

Los Puestos Avanzados

Tal era la situación en que se encontraba la Ciudadela el martes a las nueve de la mañana. Empero, los defensores de aquella fortaleza comprendieron que la defensa no sería tan eficaz como ellos lo deseaban, si no tenían en su poder todos los edificios de alguna importancia que estaban en las cercanías: en tal virtud, ocuparon varios lugares desde los cuales podían hacer un mortífero fuego sobre las fuerzas que intentaran avanzar hacia el cuartel general de la revolución.

El puesto avanzado de Bucareli y Tolsa, se encomendó al Teniente Coronel Muñoz, y contaba con una ametralladora y un fusil Rexer; en el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes,—de mucha importancia por su altura y su situación,—se hallaban los capitanes Tapia y Estrada con cinco ametralladoras y un cañón Hotckins.

El puesto avanzado de Enrico Martínez se encomendó al Capitán Mendoza, quien tenía cuatro ametralladoras.

En el puesto avanzado de Belén, estuvo el capitán Pacheco que tenía bajo sus órdenes cuatro ametralladoras y tres fusiles Rexer.

Esa era, a grandes rasgos descrita, la situación de la zona desde la cual la revolución, hablando por la voz de sus bocas de fuego, iba a contestar a los defensores de la legalidad los disparos con que éstos habían de sostener al Presidente Madero.

Como se habrá visto, los revolucionarios contaban con una primera línea de defensa en sus puestos avanzados, y con una segunda, que era la Ciudadela propiamente dicha.

Cerca de cincuenta minutos estuve en las inmediaciones de aquellos lugares, acercándome hasta donde me lo permitían las fuerzas rebeldes, ya dispuestas al combate. A esa hora, tomando la calle de Victoria, y más luego la de Revillagigedo, me dirigí al Hotel Berry. Al pasar por la esquina que forman la calle últimamente citada y la Avenida Independencia, una fuerza como de ochenta hombres parecía prepararse para la tremenda pugna que iba a empezar en breve.

Así me lo hizo observar un amigo que me acompañaba ocasionalmente, al ver tres ametralladoras emplazadas en aquella esquina. Yo volví a mirar. Entre los soldados, ya rodilla en tierra, había un silencio lúgubre; sus rostros estaban pálidos; sus manos temblaban con un temblor casi imperceptible, pero que yo distinguí perfectamente. Los minutos eran angustiosos. Tanto mi amigo como yo apresuramos el paso. Mi corazón latía con violencia. ¿Dónde estaría Amparo?

A las diez y diez minutos llegaba yo al hotel. Apenas tuve tiempo de saludar a mi caballeroso amigo el Ingeniero Enrique P. González que se hallaba en la puerta del edificio, cuando una descarga, que envolvió a la ciudad en un trueno vasto y sordo, llenó todos los ámbitos. . . . ¡Había empezado, pues, el combate!

Apresuradamente penetramos al hotel, cuya gruesa y hermosa verja de hierro trataba en vano de cerrar el Ingeniero, pues una avalancha de gentes de todas las clases y condiciones sociales se esforzaban por entrar. Cerca, muy cerca, rugían los cañones del Gobierno; a pocos pasos, en la esquina de Balderas, un diluvio de balas de ametralladoras felicitistas, lanzado desde la

Asociación de Jóvenes Cristianos, hacía levantar del suelo densas nubes de polvo. . . .

La multitud, despavorida, pálida, dando aullidos de terror, corría hacia la Alameda; apenas si un grupo como de treinta personas había osado buscar refugio en el edificio del Casino-Escuela de la Policía.

Los momentos, —aquellos primeros momentos de la lucha, — eran angustiosos, solemnes. . . .

El cañón continuaba tronando con su voz robusta, cuyos ecos se dilataban por sobre el corazón de la ciudad, arrecida de terror.

Lo que ví desde una reja

Una palidez mortal y una ansiedad tremenda desfiguraban los semblantes en aquella hora en que los técnicos de la muerte vomitaban metralla por las bocas de sus máquinas infernales. De los más altos pisos del hotel bajaban hombres, mujeres y niños, como en busca de un lugar seguro donde refugiarse. . . . Apenas una docena de huéspedes americanos, fríos, impasibles, confiados, se habían aventurado a trasponer el quinto piso para ir a contemplar, desde la azotea, lo poco que se podía contemplar. Al ver los tales como debieron estar, hubiera podido decirse que alguna poderosa compañía neoyorkina les garantizaba la impenetrabilidad de sus carnes contra las balas que cruzaban el aire. . . .

Un empleado del grande establecimiento nos indicó que podíamos pasar a los sótanos, provistos de sillas, mesas y colchones; que allí estábamos seguros, y que a ese lugar se nos llevarían los alimentos que fuera posible conseguir, toda vez que los que existían dentro estaban en lo más eminente de la casa.

Y en el sótano nos reunimos, a hacer comentarios, a lamentar el horror de la lucha, a predecir cuándo terminaría. . . . Algunas botellas de cognac que empezaron a circular por ahí de mano en mano, entre los ciento y tantos huéspedes del hotel, reavivaron nuestras fuerzas y fueron dándonos, poco a poco, la tranquilidad apetecida.

Sólo en mi corazón esa tranquilidad era imposible: del fondo de mi ser, como un grito angustioso, subía a cada momento esta pregunta terrible:

¿Dónde estará Amparo? . . .